

## CAPITULO VII.

Francisco de Sales predica la Cuaresma en Rumilly.—Convierte á dos protestantes.—Nueva tentativa de Enrique IV para llevarselo á Francia.—Vuelve á Thonon.—Convierte á dos sacerdotes apóstatas y á un diácono.—Es denunciado al Papa.

(Años 1607 y 1608.)

Cuando Francisco llegó á Annecy, dos acontecimientos faustos para la religion y la Iglesia, vinieron á dulcificar las amarguras de que su corazon estaba inundado con frecuencia. La primera fué la elevacion del príncipe de Saboya al cardenalato.

«Las halagüeñas promesas que el cielo hace á la tierra »con vuestra promocion, le escribe, dan á toda la Iglesia »un motivo de bendecir á la Providencia, que por este medio ha proporcionado á la silla apóstolica una columna de »alto precio. Pero la diócesis de Ginebra debe experimentar una alegría mas particular, estando segura de vuestra proteccion, porque el color de la púrpura no tiñe »vuestro sagrado capelo sino para representar la sangre »del Salvador, en la cual los grandes de la Iglesia deben »siempre empapar su celo. Dios nos haga ver, Monseñor, »á un tiempo los dias de vuestra Alteza florecer en toda »suerte de bendiciones, y la Iglesia en la piedad, de lo »cual, como de una hermosa primavera, el capelo de »vuestra Alteza, cual bella rosa encarnada, nos dé una »dulce y graciosa prenda.»

Otro acontecimiento vino por el mismo tiempo á alegrar al santo Obispo, y fué el nombramiento del abad de Fenouillet para el obispado de Montpellier. Este eclesiástico, natural de Annecy, doctor en teología y célebre predicador, habia sido primero párroco en la diócesis, despues de haber obtenido su curato en el concurso sobre diez ó doce sacerdotes no menos capaces de ser Obispos que de

ser párrocos, dice un historiador contemporáneo (1); luego, nombrado canónigo de la catedral, habia dado pruebas de un talento tan superior, que Francisco, juzgándole digno de anunciar la palabra delante de los mas brillantes talentos de la Francia, le habia hecho invitar por uno de sus amigos para predicar la Cuaresma en la iglesia de San Benito de París.

Allí habia brillado tanto por su manera de enseñar insinuante y persuasiva, como refiere en términos propios el mismo santo Obispo, que Enrique IV, siempre decidido á elevar á los hombres de mérito, le nombró para el obispado de Montpellier.

Francisco, como su Obispo, fué encargado de transmitir á la Santa Sede las informaciones de costumbres sobre su persona y mérito. Lo hizo con una satisfaccion igual al tierno amor que tenia á la Iglesia. «No puedo menos, escribe al Papa, de deciros todo mi gozo; porque es justo »que los servidores del Padre de familia se alegren con él, »y le feliciten por haber encontrado un casamiento ventajoso para su hija; y la iglesia de Montpellier, aflijida hace »tanto tiempo por los herejes, tenia necesidad de un esposito como este.» Se estiende luego en alabar al elegido, y cuenta la alegría de los católicos de Montpellier, que habian enviado una diputacion á Enrique IV para darle gracias por la eleccion de un pastor tan completo.

Llegada la Cuaresma, Francisco se dirigió á Rumilly, pequeña ciudad á ocho kilómetros de Annecy, para predicar en ella la mision. Los habitantes de esta ciudad, á un tiempo sencillos y buenos, le proporcionaron los mas dulces consuelos, acudiendo en gran número alrededor de su púlpito, y recogiendo con religiosa avidez todas las palabras que salian de su venerada boca. Mas aún; acudian á su tribunal, y todos querian depositar en el seno de tan buen padre el peso de su conciencia. Bien pronto no pudo bastar solo á tanto trabajo, y propuso á sus canónigos fueran

(1) Carta CXXXIII.

á ayudarle. Acudieron con ardor á su llamamiento, y secundaron admirablemente su celo. «Mis canónigos hacen »maravillas con sus exhortaciones, escribia á la Señora de »Chantal (1), ganan muchas almas á la piedad. Todo va »bien; solo hay un mal, que es tenerme á mí, que soy un »miserable; y sin embargo, no sé cómo soy que no me en- »tristezco, antes al contrario á veces estoy alegre, pen- »sando que estoy ocupado en una verdadera buena obra »por la misericordia de Dios.» En los momentos que le dejaban libre los trabajos de la mision, el santo Obispo iba á visitar las parroquias vecinas, encontrando en ellas la misma docilidad y obteniendo los mismos frutos; de suerte que toda la Cuaresma no fué sino una série de bendiciones para los pueblos y de consuelos para el pastor, lo que le hizo decir, al volver de Rumilly, estas notables palabras, muy semejantes á las que habia dicho despues de la Cuaresma de la Roche: «¡Oh, cuánto mejor es predicar en los »lugares y aldeas que en las grandes ciudades! En estos, »el orgullo y el amor de las riquezas ponen obstáculos á la »conversion; mientras que la pobre gente del campo, por »el contrario, escucha con avidez, recibe con docilidad, y »practica fielmente lo que se la enseña.»

Apenas habia vuelto á Annecy, cuando recibió la visita de dos señores calvinistas de Ginebra, curiosos de ver á un Obispo cuya reputacion brillaba con tan vivo resplandor. Francisco, ingenioso en sacar partido de todas las circunstancias para atraer á la verdad á las almas extraviadas, dirigió hábilmente la conversacion sobre la doctrina de Calvino, haciendo resaltar lo falso de esta. Esta primera entrevista produjo poco efecto, pero habiéndole hecho una segunda visita con el fin de proponerle algunas dificultades sobre el catolicismo, y ver cómo contestaba á ellas, les dió aclaraciones tan decisivas y tan terminantes, que empezaron á vacilar entre la verdad y el error. Rogó á Dios los ilustrara; ellos lo hicieron tambien, y reflexio-

(1) Carta CXLII.

naron sériamente. Dios oyó estas súplicas, é hizo brillar en medio de sus tinieblas un rayo de su gracia. Así que vieron claramente la divinidad de la religion católica, tuvieron el valor de abrazarla, perseverando toda su vida, honrando su creencia con las mas puras virtudes (1).

Tantas buenas obras aumentaban cada dia la reputacion de Francisco de Sales; la fama repetia sus virtudes, tanto en París como en otras partes. Enrique IV, siempre celoso por atraer á la Francia á los hombres notables, concibió el deseo de fijar en ella á tan grande Obispo. Preguntó al Señor de Deshayes, que sabia era su amigo íntimo, cuánta era la renta del Obispo de Ginebra, y habiendo sabido que no pasaba de mil escudos de oro, ó tres mil seiscientos ochenta francos: «Os encargo, le dijo el Príncipe, inviteis »de mi parte al Obispo á que venga á París. Un obispado »tan pobre no es digno de él. Quiero darle una posicion »mas en relacion con su mérito.» Deshayes ejecutó la comision, y habiendo recibido Francisco la carta, la enseñó á su hermano Luis de Sales. «Admirad, le dijo, los pensamientos humanos de nuestros amigos: gracias á Dios »no me tientan. Estoy donde Dios quiere que esté, porque »su mano me ha colocado aquí. Es cierto que no estoy en »una gran ciudad, pero Annecy es ya mucho para mí, que »no soy nada. Si fuera buen obrero, esto sería mas que »suficiente, pudiendo atacar todos los dias á los enemigos »de la Iglesia, estando aquí en las fronteras de su Babilonia.» (2)

Contestó al Señor de Deshayes que daba gracias al rey por su benevolencia, pero que la pequeña renta del Obispo de Ginebra le era mas que suficiente, y que además se debia ante todo á su patria. «Habia en esta bondad del »rey, repite en dos cartas, de las que no reproducimos »aquí sino un resumen (3), habia motivo para enorgulle-

(1) Carlos Aug., p. 380.

(2) Año Santo de la Visitacion, 23 de febrero.

(3) Carta CXLVI y CXLVII.

»cerse, si el sentimiento de mi insuficiencia no me sirviese de contrapeso. Felizmente este honor no puede deslumbrarme hasta el punto de no dejarme ver los límites de mi capacidad, que son muy cortos y muy estrechos. »Os ruego procureis saber de Su Majestad lo que quiere »hacer de mí, porque no soy bueno para muchas cosas, y »no me gusta encargarme sino de lo que puedo. No quiero »ni rehusar ni aceptar, hasta que no sepa lo que es. Así »que me hayais dicho la intencion del rey, mediré mis »fuerzas; y en caso de que el Papa (sin cuya autoridad »no me moveré de donde me ha colocado) me lo mande, »estaré pronto á partir. Es cierto que estoy aquí en »mi país, entre los míos y muy tranquilo, pero nada de »eso me detendria ni me impediria encargarme de algun »otro servicio en el que creyera ser mas útil á la gloria »de Dios y al bien de las almas.

»Entretanto diré incesantemente á Dios: Señor, ¿qué »queréis que haga? Porque protesto ante su soberana »Majestad que no quiero querer sino lo que su voluntad »santísima quiera, tanto para quedar como para partir, y »así que la conozca, no me apartaré ni á la derecha ni á »la izquierda del camino que me muestre. Este poco de »tiempo que tengo que pasar en este mundo, es para mí »nada comparado con la eternidad.»

Francisco paró poco en Annecy, pues invitado por el Duque de Saboya á ir á Thonon para entenderse con el presidente del senado de Chambéry sobre varios negocios importantes, partió, dirigiendo su camino por Macrilly, á cuyo pastor, al cual amaba mucho, deseaba visitar. Allí, habiendo aceptado la comida que le ofreció este buen sacerdote, manifestó sin pensarlo el espíritu de mortificación que le acompañaba en todas sus comidas. La criada de la casa habia puesto harina por descuido en lugar de sal en el salero; y Francisco, acostumbrado á no fijar su atención en el buen ó mal gusto de los alimentos, habiendo sazonado con esta harina las viandas que tenia en su plato, las comió alegremente sin dar á conocer el error. Es-

peraron en vano á que el Obispo lo notase; y por último, viéndole usar de la harina como si fuera sal, acabaron por no poder contener la risa, y exclamaron: ¡Oh! qué dulce »está la sal, á pesar de no ser azúcar! ¿Si será harina?— »Os aseguro, replicó sonriendo el amable santo, que creia »verdaderamente que era sal, y mi paladar no lo ha conocido.» (1)

Llegado á Thonon tuvo el dolor de encontrar allí un gran motivo de escándalo. Dos eclesiásticos jóvenes, no pudiendo sufrir las trabas que ponía á sus pasiones la austeridad de las leyes de la Iglesia católica, acababan de abrazar la herejía (2). Para remediar un mal tan grande, procuró al punto entrar en relacion con los dos apóstatas, y habiéndolos encontrado, los atacó con su arma ordinaria, las insinuaciones de su dulzura. Bien pronto fueron vencidos, y triunfando en tan feliz derrota, dejaron á su alma abrirse á las impresiones de la gracia. Hijos pródigos, se arrojaron en los brazos de su tierno padre para ser restituidos por él á la casa de Dios, que habian abandonado. Tomó tiempo para instruirlos bien, para afirmarlos sólidamente en la fe católica, en la adhesión á la Iglesia, en el amor á sus deberes; y cuando los vió dispuestos á llevar en adelante una vida verdaderamente eclesiástica, recibió su abjuración en la *Santa Casa* de Thonon, lo que los colmó de tanto gozo que, para escitar á otros á participar de la misma dicha, publicaron en un pequeño folleto la historia de su conversión, que enviaron á Berna (3). Francisco no gozó menos con este acontecimiento. «Me ha sido »de gran consuelo, escribe (4), verlos volver á los brazos »de la Iglesia, con la gran violencia que se han hecho »para eso. ¡Ah! eran religiosos; la juventud, la vanaglo-

(1) Carlos Aug., p. 318.

(2) El primero, Claudio Bonard, excelente teólogo, habia profesado públicamente la filosofía y las matemáticas en Lausanna; el segundo, Pedro Gillette, era un sacerdote de Niza.

(3) Carlos Aug., p. 381.

(4) Carta CXLIV.

»ria y la carne los habian conducido á esos abismos contra  
 »su propia conciencia. Uno de ellos sobre todo, contándome  
 »me su caída, me inspiraba gran compasion, y por lo mismo  
 »mayor alegría por su constancia en volver. ¡Oh Dios!  
 »añadia el humilde Obispo, qué gracia he recibido con  
 »haber estado tanto tiempo tan joven y tan miserable entre  
 »los herejes, incitado á menudo con los mismos atractivos,  
 »sin que mi corazon haya querido siquiera mirar nunca  
 »estos desgraciados objetos. ¡Bendita sea la mano bondadosa  
 »de mi Dios, que me ha sostenido firme en su recinto! Este viaje  
 »de Thonon, añadia (1), es uno de los mas felices que he hecho  
 »en mi vida; porque la relacion franca y sencilla que estos  
 »jóvenes sacerdotes me han hecho de su vocacion y de su caída,  
 »me ha dado grandes luces para la direccion de las almas,  
 »al mismo tiempo que un saludable consejo sobre mi propia conducta.»

El santo prelado arregló luego los demás negocios que le habian llevado á Thonon, libertó á un endemoniado, y se volvió á Annecy, visitando dos parroquias en el camino. De vuelta al obispado, esperiméntó en él dos grandes aflicciones. En primer lugar supo que un diácono acababa de abrazar la carrera de las armas, y se habia vestido ya el uniforme; envió al punto á uno de los suyos, rogándole fuera á hablarle, y aquel, en vez de responder á esta dulce invitacion, golpeó rudamente al mensajero. Francisco le escribió entonces una carta amenazándole con hacerle castigar, pero esta carta no tuvo resultado; teniendo que escribirle otra, en que no le hablaba mas que el lenguaje de la dulzura: «Tened piedad de vuestra alma y de la mia,» le decia. Apenas el culpable leyó esta carta tan bondadosa, quedó vencido. Las lágrimas corren de sus ojos, deja su traje de soldado, vuelve á tomar su sotana, va á arrojarse á los piés de su Obispo, y le pide perdon. Francisco, como el padre del hijo pródigo, le estrecha entre sus brazos, le baña con lágrimas de ternura, y despues de haber

(1) Año Santo de la Visitacion, 13 y 14 de junio.

recibido su confesion le restablece en su primer estado, donde tuvo el consuelo de verle perseverar santamente hasta la muerte (1).

Apenas consolado por este lado, sufrió por otro una amarga pena. El Padre Querubin, con quien habia trabajado en la conversion del Chablais, hombre de un celo mas ardiente que ilustrado, sufría hacia largo tiempo con el pensamiento de que Francisco no era bastante severo con los herejes. Su imaginacion, arrebatada con la impetuosidad de su celo, se representaba males enormes con la conducta del santo Obispo, y no pudiendo contenerse mas, creyó deber denunciarlo á la Sede Apostólica. Envió pues al Papa un memorial, donde le acusaba de emplear en confesar y dirigir á las mujeres piadosas un tiempo que hubiera debido emplear en convertir á los herejes; y sobre todo de dejar circular en su diócesis libros contrarios á la fe, que pervertian á los nuevos católicos (2).

Francisco, informado de la acusacion por un eclesiástico que habia llegado de Roma, que le aseguró que el Papa habia experimentado un grave disgusto con ellas, sufrió una pena tanto mas viva cuanto que, por una consecuencia natural de su tierna adhesion á la Santa Sede, ponía toda su dicha en agradar al Vicario de Jesucristo, y no podia sufrir la idea de serle desagradable.

Sin embargo, no se quejó del acusador á nadie; y si confió su pena á Luis de Sales, su hermano, y al presidente Favre, fué sin mezclar una palabra de amargura ni de queja contra el autor de ella. No acriminó para defenderse, y se limitó á esponer á la Santa Sede la verdad de los hechos.

«Ciertamente, escribe á un Cardenal amigo suyo (3), si fuera culpable en lo que se me imputa, mereceria ser castigado como negligente y traidor; pero acabo de visi-

(1) Dep. de Langin.

(2) Carlos Aug., p. 382.

(3) Carta GII.

»tar toda mi diócesis, hasta la última parroquia, y exceptuando los países sometidos á la dominacion de Berna y de Ginebra, sobre los cuales, como es consiguiente, no tengo ninguna autoridad, no he encontrado ningun hereje; y no he hallado tampoco libros heréticos, salvo aquellos que por negligencia y desprecio quedan abandonados en el polvo; siendo nuestros católicos tan escrupulosos en este punto, que cuando dudan de la ortodoxia de algun libro, ó lo arrojan al fuego, ó lo hacen examinar por alguno de sus sacerdotes. Es cierto que Ginebra publica muchos libros perniciosos, pero no lo es que los saboyanos los lean. Yo confieso, por lo demás, que no hago todo lo que es necesario, pero sí lo que puedo segun mi pequeñez. Tened á bien, Monseñor, ilustrar á la Santa Sede sobre estos hechos, y asegurarme que no he perdido su benevolencia, pues tengo necesidad de ella para hacer el bien en esta diócesis.» La inquietud de Francisco duró poco, porque bien pronto recibió una respuesta en la que le decian que el Soberano Pontífice, lejos de tener contra él esas prevenciones que podia hacerle temer el memorial del Padre Querubin, le profesaba el mas tierno afecto, fundado en sus virtudes y en su celo bien conocidos; que le estimaba como á su hermano y le amaba como á su hijo. Esta noticia fué para el alma del santo Obispo, como un bálsamo suave aplicado á una llaga profunda. «¡Ah! ahora, dice, conozco mejor que nunca que soy un verdadero hijo de la Santa Sede; porque me parece que Dios me devuelve la vida, y no sé cómo no moriria de dolor si supiese que el Padre comun de los fieles estaba irritado contra mí y poco satisfecho de mi conducta.» (1)

(1) Año Santo de la Visitacion, 5 de julio.

### CAPITULO VIII.

Viaje de Francisco de Sales á Borgoña y al Franco-Condado.—  
Convierte á dos protestantes.—Da al público la Introduccion  
á la Vida Devota.

(Año 1608.)

Mientras que Francisco de Sales se ocupaba con una actividad infatigable del Gobierno de su diócesis, diversos negocios importantes le llamaron á Francia. El primero fué la mision que recibió de la Santa Sede de ir á establecer la reforma en el célebre monasterio de Puy-d'Orbe, en la diócesis de Langres.

Esta abadía, de la orden de San Benito, que despues fué trasladada á Châtillon-sur-Seine, estaba entonces situada á diez y seis kilómetros de esta ciudad. Pronto en obedecer las órdenes de Roma, el santo apóstol partió al principio de agosto. Al pasar por Saint-Rembert, en el Bugey, le rogaron fuese árbitro en un gran pleito que habia entre el Señor de Montchalin y su cuñada, María de Chaudé, Señora de Moyria, con motivo de las tierras y del castillo de Vassalier. Dicha Señora habia recibido de su hermano Juan de Chaudé, como hipoteca de su dote, estas tierras y este castillo; habia gozado de él con este título durante algunos años, y habia tomado posesion definitivamente á la muerte de su hermano, que no habia dejado hijos. Habiéndose casado en segundas nupcias la viuda de Juan de Chaudé con el Señor de Montchalin, este señor reclamó, en nombre de su mujer, la tierra y el castillo, alegando por razon de esto, que hipotecar un bien no es transferir su dominio; y de aquí habia resultado una gran querrela, sobre la cual los mas hábiles jurisconsultos habian procurado en vano una transaccion. Francisco, aceptado como árbitro por ambas partes, examinó cuidadosamente este negocio, y á los tres dias dió la sentencia, por